

PROTAGONISTAS ENTREVISTA

Pepe Sancho

“Se echa de menos el espíritu de gente aguerrida como Tarancón”

Con 65 años, 125 personajes y una biografía poco canónica, se ha metido en la piel de Vicente Enrique y Tarancón, el cardenal de la reconciliación. Dice compartir con él lo medi-

terráneo y la fidelidad a lo elegido. La templanza sigue sin ser una de sus virtudes. “Han convertido la fama en una mierda, pero en mi caso les ha salido el tiro por la culata”, asegura.

por Víctor Rodríguez fotografías de Rosa Muñoz



Cuenta que una vez, con 14 años, le robó vino a un confiado cura. No, José Sancho Asunción Martínez (Manises, Valencia, 1944) no iba para santo. Tampoco para actor, probablemente. En algún lugar dejó escrito que de él lo más que cabía esperar es que fuera un buen carnicero o un mal estudiante. Estudiante, bueno o malo, lo fue, desde luego. Uno de los más conocidos de España en los años 70: el que acompañaba a Curro Jiménez en la cuadrilla de bandoleros más majos que han cabalgado la tele. Aquel papel terminó de apuntalar la carrera de actor de un tipo que años antes se había tratado de colar en un barco rumbo a Hollywood para convertirse en el nuevo Humphrey Bogart.

La aventura duró dos minutos, lo que tardaron en descubrirle. No llegó a Bogart, pero se quedó en Pepe Sancho, que tampoco está mal: 125 personajes, trabajos con Almodóvar, Berlanga o Saura, un Goya, personajes de Sófocles y Pirandello... En el trayecto se bebió la vida -y algo más- en vaso largo, conoció algún casino, dejó algún pufo y se casó y descasó a gritos con una cantante cuyo nombre hoy ni menciona. Le convirtieron, a su pesar, en carne de telebasura y reaccionó con torrentes de mala leche, gasolina al fuego.

El matrimonio con una periodista 26 años más joven ha serenado esa biografía, pero las suyas seguían sin parecer las mejores credenciales para dar vida al religioso que reconcilió a los españoles al final del franquismo. A pesar de lo cual, se ha puesto el vestido cardenalicio de Vicente Enrique y Tarancón para protagonizar una serie sobre él que este otoño emitirán Canal 9 y TVE con el significativo título de *El quinto mandamiento*. Ya saben, el "no matarás". Técnica, oficio o milagro, bastan un par de planos para olvidarse de que el señor que sale en pantalla es Pepe Sancho.

No, con esa voz que asusta como la navaja de un bandolero, como la cólera de un obispo, este hombre no iba para santo. Pero de cardenal da muy bien.

P. ¿Satisfecho? El parecido, desde luego, es sorprendente.

R. Bueno, no se trataba de parecerse sino de convencer. Él tampoco era muy litúrgico. De paisano, difícilmente averiguabas que era un sacerdote. Mi pretensión era que la gente se creyera que soy Tarancón y entrara en la historia. Y eso parece que se ha conseguido.

P. Venía de hacer al Milans del Bosch de 23-F. El día más largo del Rey...

R. Sí, y también me gustó mucho aquel personaje. Adoro los personajes a los que les han pasado cosas, y a estos dos les pasaron muchas. Los dos quedarán en la Historia de España. Indiscutiblemente, no perseguían lo mismo. Pero en los libros de Historia, en eso tan traído de la memoria histórica, los dos estarán, si la Historia es sincera. →





CARDENAL SANCHO
El actor Pepe Sancho, caracterizado como el cardenal Taracón, al que interpreta en la serie *Taracón. El quinto mandamiento*, que en otoño emitirán Canal 9 y TVE. El traje y el crucifijo que lleva son los que utilizaba el propio cardenal, y han sido cedidos para la sesión fotográfica por su sobrino, Juan José Enrique y Taracón.

“Entender a las mujeres es un esfuerzo que no debe hacerse. El ser humano al que no puedes entender es que no es compatible contigo. Lo que pasa es que uno llega tarde a darse cuenta de eso”

P. ¿Cómo era el Tarancón que ha podido conocer ahora?

R. Yo lo conocí. No tuve relación con él, pero lo conocí. Gente de su entorno aportó datos y vi algún vídeo de él dirigiéndose a los feligreses. Murió sin un duro y con un utilitario regalado. Le hablaba a la gente como si no fuera clérigo, y eso me interesó mucho. Y era tan demócrata como católico. Tenía el conflicto, y eso sí que lo sé por información, de que en su juventud había apoyado al bando vencedor en la Guerra Civil, pero no podía entender que los caminos de la Iglesia condujeran al autoritarismo. Tenía una honda fe. Todo eso hemos procurado reflejarlo sin que quede la caricatura de un cura rojo.

P. Tampoco era tan rojo...

R. Por eso. Espero que cinematográficamente eso esté bien contado, sin sacarse de quicio.

P. ¿En qué se parece usted, si en algo, al cardenal Tarancón?

R. En lo mediterráneo. A mí, como a él, no me importa sentarme en un campo de naranjas a comerme un bocadillo con los agricultores. Soy expresivo, me gustan la traca, las fallas. Y como él, he sido fiel a lo que he ido eligiendo, sea fumar, que lo elegí a los 12 años como un cretino, o dejar de fumar, que lo elegí a los 60. He levantado cabeza de muchas dificultades y aquí estoy, mientras las personas que me han querido hacer daño no están en ningún lado. Me crezco ante el fracaso. Y me consta que Tarancón también.

P. ¿Cree en Dios?

R. Sí, sí creo. No practico, no ejerzo, no creo en el boato de la Iglesia, pero sí tengo fe. No creo mucho en los hombres que representan a Dios, pero sí creo en Dios.

P. ¿Cómo recuerda aquellos días convulsos de la Transición? ¿Estaba muy metido en política?

R. Estaba metido, sí. Es como mayo del 68, que todo el mundo estuvo... Participé en la primera huelga de actores. Luego algunos han utilizado aquello para recordar lo que han hecho por la democracia... Este país llegó a la democracia gracias a todos, los que no la querían eran los menos. Los que se la apropiaron... No hace mucho una actriz muy importante y con la que he trabajado dijo que todos los artistas deben ser progresistas. Cuando alguien dice lo que tienes que ser o cuenta lo que es, yo empiezo a temblar.

P. Sí, en *Bambalinas de cartón*, su libro de memorias, deja bastante claro lo que piensa al respecto. Se refería entonces a aquellas declaraciones de Federico Luppi sobre establecer un cordón sanitario en torno a la derecha.

R. ¡Claro! Qué manera de ser demócrata es ésta. Y por eso yo no pertenezco a ningún movimiento. Soy de la Academia de Cine y de la de Televisión. Nada más. No puedo pertenecer a un movimiento más interesado en el problema saharauí que en el problema de los actores españoles. De los cientos de actores españoles explotados por productoras muy bien pagadas por las televisiones. Piden “No a la guerra”, pero de las injusticias de nuestra profesión no hablan. Eso me molesta.

P. De memoria histórica, entonces, ni hablamos, aunque un proyecto como éste de Tarancón no deje de ser un ejercicio de memoria histórica...

R. Es que ese juego de palabras... La Historia es memoria. Si la memoria es real es la que forma Historia. Si se va deformando con las ideas y los intereses de cada cual... Aquí la memoria histórica es maleable, se acopla o no. Los símbolos, por ejemplo. Claro que hay que quitar los símbolos opresores, pero todo tiene un límite. Si no, ¿qué hacen los reyes godos en la Plaza de Oriente? Esto lo ha dicho ya todo el mundo, pero este zoquete de presidente del Gobierno, bueno, zoquete no, vanidoso, engreído, sigue empeñado en reconducirnos y salvarnos todos los días.

P. ¿Acaso la oposición está a la altura?

R. La oposición anda corta. Yo echo de menos al lado de Rajoy a un Alfonso Guerra... Esteban González Pons, que era consejero de Cultura en Valencia, y a quien conozco, ha estado en mi boda y yo en la suya, a veces se arranca, pero luego, por lo visto, se modera. Tienen miedo a que les llamen no sé qué, a que no les voten. Este Gobierno se merece que le den un rapapolvo y la oposición está tímida.

P. En alguna ocasión ha dicho que a finales de los 70 era usted socialista. ¿Se bajó ya de ese barco?

R. De eso me bajé hace tiempo. En cuanto vi que había revanchismos. Yo hasta las últimas elecciones no había votado nunca a la derecha. Votaba a los partidos que quería, pero a la derecha no la votaba. En las últimas elecciones dije: “No podemos seguir siendo rehenes de este señor”. Y este señor, con todos mis respetos al presidente del Gobierno, que parece buena persona, me las trae flojas después de lo que está haciendo, el sinfín de contradicciones.

P. ¿Se echa de menos el espíritu conciliador de Tarancón?

R. Sí se echa de menos, sí. Se echa de menos gente aguerrida, no bronquista, sino gente firme, que luche por los intereses colectivos, sean de la Iglesia, de los actores o de los metalúrgicos. Todo es sucio, todo es trampa.

P. ¿Qué queda de aquel chaval que intentó ir de polizón en un barco a Hollywood?

R. Es el mismo, sólo que ahora en los barcos saca los billetes. Y ha entendido que Hollywood era una utopía. El entusiasmo, la ilusión y la predisposición a buscar mi bienestar sin joder a los demás siguen intactos. Más arraigados, incluso, por los palos que me han querido dar.

P. ¿Y lo ha pasado bien por el camino?

R. Hombre, la recompensa ha sido magnífica. Mi madre aún vive, está en Manises. Mi vida privada no puede ser mejor, estoy muy feliz, viviendo una situación que yo pensé que no se vivía nunca. Y mi *curriculum* se ha llenado de cosas como *Memorias de Adriano*, *Enrique IV*, *El alcalde de Zalamea*, *Medea*, *Antígona*... He compartido cartel con Nuria Espert, con María Fernanda D’Ocón... Estoy muy satisfecho del resultado de mis andanzas.

P. No le preguntaba tanto por la recompensa final como por si, además, se lo había pasado bien llegando hasta aquí.

R. Bueno, he hecho casi de todo, he conocido lo bueno, lo malo, los extremos, las indecisiones, los excesos... Ahora sé muy bien dónde están los límites en el cuidado de uno mismo, en el acceso a las drogas... Todo eso sé dónde está. No necesito psicólogos ni consejeros.

P. ¿Aún se fuma un porro si se tercia?

R. No. Si un amigo enciende uno delante de mí, le puedo dar una calada, pero no se me ocurre hacerme uno ni nada. Aún me debe de quedar alguna china por casa, no muy grande. Que no vengan a registrarme porque será muy pequeña...

P. ¿Qué hay del juego?

R. He dominado la voluntad. Si un día voy en un barco, en un crucero, entro y juego. La diferencia entre jugar y ser jugador es que el jugador pierde los límites. Yo tengo muy claro dónde están los límites del bien y del mal.

P. ¿Qué ha aprendido de la vida?

R. Tarde, pero he aprendido a disfrutar de lo bueno que ofrece y a eludir lo malo que puedes eludir. Bastante te ocurre para encima buscarlo. Yo he ido a 250kms/h y ahora, no por cumplir las reglas, sino por mi seguridad, tengo un coche buenísimo

DE TARANCÓN A BENAVENTE

No es Tarancón el primer protagonista de la Historia valenciano al que se acerca Pepe Sancho. Poco antes había encarnado al general Milans del Bosch, madrileño pero capitán general de la región militar de Valencia el 23-F, y en 2006, al pintor Joaquín Sorolla en un telefilme que emitió la televisión valenciana. El actor de Manises no para. En verano terminó en Madrid el rodaje de *Crematorio*, una serie para Canal Plus con el trasfondo de la corrupción urbanística. Y el miércoles estrena un montaje de *Los intereses creados*, de Jacinto Benavente, que protagoniza y dirige. Producida por Teatros de la Generalitat, la obra estará en Valencia hasta diciembre, para girar después por toda España.

pero no corro. He aprendido a respetarme a mí mismo más y, de paso, a respetar a los demás. Y he aprendido a aprender de los que saben más que yo.

P. ¿De mujeres ha aprendido mucho?

R. Sí, claro. La otra parte no siempre te enseña lo bueno, pero desde luego que se aprende. Es como de los directores; de algunos no aprendes lo bueno sino lo malo, lo que no hay que hacer. El problema es que con los directores no duermes y con las mujeres, a veces, sí.

P. ¿Alguna vez probó varón?

R. No me interesa.

P. Pero sí cuenta que cuando llegó a Madrid había muchos homosexuales en el mundo del cine y del teatro...

R. No, sí, pero... probar, en el sentido estricto de la palabra, no. Coqueteos en aquella época, claro. Y si me hubiera gustado, habría sido el más maricón de España, como fui un empedernido mujeriego y esas cosas. Pero no. Sólo por conveniencia coqueteé algunas veces, pero no, no.

P. ¿Ha llegado a comprender a eso que llaman la mujer, así, en abstracto?

R. Es que las mujeres, por el hecho de ser mujeres, no son tan distintas a los hombres. Hay muchas mujeres. Y lo de entenderlas creo que es un esfuerzo que no debe hacerse. El ser humano al que no puedes

entender es que no es compatible contigo. Lo que pasa es que uno llega tarde a darse cuenta de eso.

P. ¿Asusta compartir la vida con una mujer 26 años más joven?

R. No asusta, no. Me ha dado tantas cosas... Con ella puedo hablar de todo sin necesidad de estar hablando de ella o de mí, y eso era algo que yo desconocía. ¿Asustar? Al contrario, por favor. Dios sea alabado. Después de todo lo que yo he vivido, por favor, que suenen las campanas.

P. ¿Qué es la fama?

R. Hoy la han convertido en una mierda. Cualquier hijo de puta

que se dedica a destruir lo que pilla cerca es hoy famoso. Determinadas televisiones utilizan a personajes para luego destruirlos. Cuanto más los ensalzan, más réditos consiguen destruyéndolos. En mi caso, cada vez que me han intentado hacer daño les ha salido el tiro por la culata.

P. ¿Sí? ¿Le da la sensación de que ha sabido gestionar eso?

R. Totalmente. Quizá porque ya estaba maduro. Si no, a lo mejor un día me hubiera rendido. Claro que lo he sabido gestionar. Aquí estoy, con la agenda llena y haciendo esta entrevista sobre Tarancón...



RETRATO EL CARDENAL DE LA RECONCILIACIÓN

EL CURA QUE MUCHOS FRANQUISTAS QUERÍAN EN EL PAREDÓN

Amenazado de muerte por la izquierda en la Guerra Civil y por la derecha en la Transición, Vicente Enrique y Tarancón fue el hombre elegido por Pablo VI para que la Iglesia rompiera con el franquismo. Cumplió con creces. Fue el primero que pidió la democracia al Rey en público. Una serie de televisión rescata la figura del cardenal del cambio. por Víctor Rodríguez

No era un hombre despistado, y la vida le había puesto a prueba suficientes veces como para que estuviera nervioso, sin embargo, aquel día, 27 de noviembre de 1975, se le olvidaron sus gafas de siempre. Algunos interpretaron como gesto de soberbia lo que no eran sino los esfuerzos de un miope por ver mejor.

Toda España y buena parte del mundo estaba pendiente de lo que iba a ocurrir en la madrileña iglesia de Los Jerónimos. Franco había muerto hacía una semana. Con muy buen criterio, las autoridades civiles y religiosas habían acordado que el cardenal primado de Toledo, Marcelo González Martín, don Marcelo, muy querido en el Pardo y nada sospechoso de opuesto al Régimen, oficiara el funeral solemne por la muerte del jefe del Estado y que él, Vicente Enrique y Tarancón, arzobispo de Madrid, presidente de la Conferencia Episcopal y cardenal decididamente aperturista –y bien claro iba a quedar ese día–, presidiera la misa de entronización de Don Juan Carlos.

La incertidumbre era absoluta. Y el cardenal Tarancón, delante de los Reyes, de los prebostes del franquismo y de los invitados extranjeros, empezó a pronun-

ciar su homilía, 1.756 palabras con un párrafo histórico: “Pido que seáis el Rey de todos los españoles [...]. Pido para vos acierto y discreción para abrir caminos del futuro de la patria para que, de acuerdo, con la naturaleza humana y la voluntad de Dios, las estructuras jurídico-políticas ofrezcan a todos los ciudadanos la posibilidad de participar libre y activamente en la vida del país, en las medidas concretas de gobierno que nos conduzcan, a través de un proceso de madurez creciente, hacia la patria plenamente justa en lo social y equilibrada en lo económico”.

Así. El presidente de la Conferencia Episcopal acababa de pronunciar una llamada inaplazable al cambio de régimen. “Fue muy impactante”, recuerda Javier Rupérez, hoy cónsul general en Chicago y entonces joven militante de lo que aspiraba a ser un movimiento democristiano. “Yo estaba allí, en el templo, y le estaba escuchando encantado, pero también sorprendido por la nitidez, el vigor y la osadía con que estaba hablando el presidente de la Conferencia Episcopal. Tarancón fue el hombre que liberó a la Iglesia española de cualquier atadura política,

muy particularmente del franquismo, y aquella homilía fue algo así como su momento estelar, la culminación de todo lo que venía haciendo”.

Para entonces, el cardenal Tarancón, cuya vida rescata la serie *Tarancón. El quinto mandamiento*, protagonizada por Pepe Sancho, ya era una figura más que conocida dentro y fuera de las iglesias. Desde 1973 eran recurrentes las pintadas y los gritos de “Tarancón al paredón” de la ultraderecha, y varios miembros del Gobierno habían podido comprobar su firmeza, su serenidad y su habilidad para reconducir situaciones en la distancia corta.

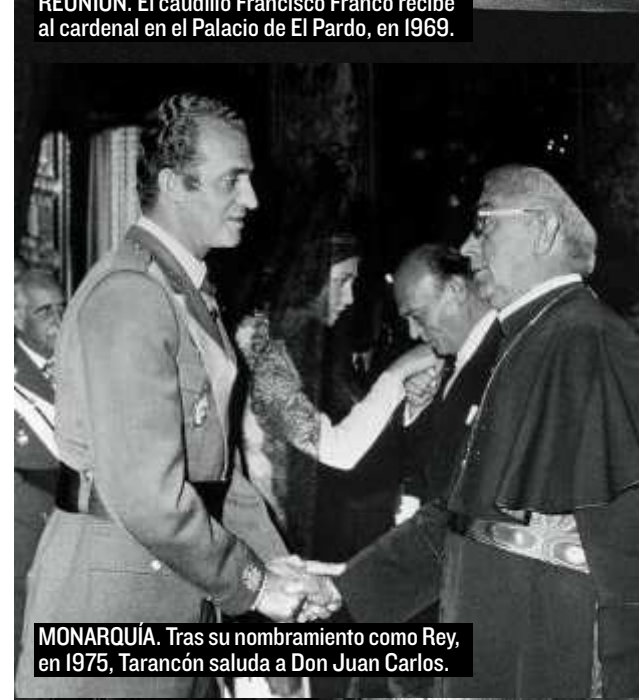
Entre los eclesiásticos, el suyo era un nombre popular, al menos, desde finales de los años 40. Nacido en 1907 en Burriana (Castellón), en una familia de agricultores, marchó pronto al seminario y con 23 años salió ordenado sacerdote, recalando como coadjutor y organista en Vinaroz. Nunca abandonó esa segunda vocación de músico. Como escribió José María Martín Patino, su mano derecha –o izquierda, si atendemos a convicciones ideológicas– en sus años de presidente de la Conferencia Episcopal (1971-1981), parte de la vida del cardenal transcurrió entre →



EN ROMA. Pablo VI y Tarancón, tras la reunión mantenida sobre Reforma Litúrgica, en 1969.



REUNIÓN. El caudillo Francisco Franco recibe al cardenal en el Palacio de El Pardo, en 1969.



MONARQUÍA. Tras su nombramiento como Rey, en 1975, Tarancón saluda a Don Juan Carlos.



ELECCIONES. El cardenal Tarancón participa en el referéndum sobre la Constitución, en 1978.



VISITA PAPAL. Tarancón acompaña a Juan Pablo II, en el estadio Santiago Bernabéu de Madrid, en 1982.



TRES MILLONES DE EUROS PARA UNA VIDA DE PELÍCULA

No ha sido fácil llevar a la pantalla la vida del cardenal Tarancón. Impulsado por el propio Pepe Sancho, que da vida al religioso (en la imagen), el proyecto ha necesitado de cerca de dos años para ver la luz. *Tarancón. El quinto mandamiento* es una coproducción de Televisión Española, Radiotelevisión Valenciana y la productora levantina *Nadie Es Perfecto*. Con cerca de 100 actores y un millar de figurantes, la serie (dos capítulos de 75 minutos cada uno), ha tenido un presupuesto de casi tres millones de euros. Una cifra más que respetable cuando las cantidades que se suelen manejar en estas producciones están en torno al millón y medio o los dos millones de euros. Incluso una serie tan ambiciosa como *23-F. El día más difícil del Rey*, estrenada en TVE en febrero de 2009 y en la que también intervenía Sancho, entonces dando vida al general Milans del Bosch, dispuso de una financiación algo menor, unos 2,4 millones de euros. La jugada salió redonda. Los dos capítulos fueron seguidos por 7 millones de personas, con una cuota de pantalla de más del 30% y recibió un premio Ondas a la calidad e innovación en televisión.

Los productores de *Tarancón. El quinto mandamiento* esperan un éxito parecido. La serie está escrita y dirigida por Antonio Hernández, autor de *En la ciudad sin límites* y *Los Borgia* y que ahora anda enredado con *El capitán Trueno* y *el santo grial*.

Necesariamente incompleta, los productores comentan que ha costado mucho resumir en dos horas y media la vida del cardenal. De hecho, se han quedado fuera 30 minutos de cada capítulo. Las fechas de emisión aún no están claras. Presumiblemente, habrá un preestreno en el Teatro Principal de Valencia el próximo 27 de octubre y el Canal 9 valenciano la pasará la semana siguiente. En TVE habrá que esperar hasta entrado noviembre para poder verla. La serie no será el único proyecto que rescate la figura del cardenal este otoño. TVE prepara un documental para emitir junto con los episodios. Y José María Martín Patino, quien fuera su mano derecha, ultima una biografía que podrá ver la luz antes de fin de año.

dos teclados, el de la máquina de escribir y el del piano.

“Cuando había que acudir a su casa, no era extraño encontrarlo al piano”, recuerda José Manuel Estepa, su obispo auxiliar en la archidiócesis de Madrid. “Lo tenía en una sala próxima al ascensor y según ibas subiendo ya lo oías. Cuando llegabas, sin dejar de tocar, te hacía un gesto para indicar que esperaras hasta que terminase. Yo creo que le ayudaba a relajarse”.

No pasó mucho tiempo en Vinaroz. Se trasladó a Madrid, se incorporó al consiliario de Acción Católica y el estallido de la Guerra Civil lo cogió en Galicia en esa misión de propagandista. Cuando quedaron definidas las zonas nacional y republicana, regresó a su diócesis acompañado por tropas nacionales.

En 1946, antes de cumplir 39 años, fue nombrado obispo de Solsona (Lérida), el más joven de España. Y allí escribió libros y cartas pastorales que empezaron a convertirle en referencia de muchos jóvenes sacerdotes. Su oposición a la designación de obispos por parte del jefe del Estado y su pastoral conocida como del *Pan Bendito* —sobre los abusos que se cometían con las cartillas de racionamiento— no le abrieron muchas puertas. Algunos sugieren que si estuvo tantos años (hasta 1964) en una diócesis menor como Solsona, fue en castigo a reacciones así.

“Yo no hablaría de castigo”, comenta monseñor Estepa. “Lo que sí pudo ocurrir es que no se contara con él. Va habiendo promociones, si cabe hablar de promoción en la Iglesia, y con él no se cuenta”.

Pero donde sí se contaba con él, y de una manera providencial, era en Roma...

TARANCÓN Y PABLO VI. En 1959, el Papa Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, que se inauguró en 1962 y cuya celebración se extendió hasta 1965, ya bajo el papado de Pablo VI. El concilio se convocaba, fundamentalmente, para adaptar la Iglesia a los nuevos tiempos. Y realidades como el nacionalcatolicismo difícilmente encajaban con los nuevos aires que corrían por los pasillos de la basílica de San Pedro. Pablo VI encontró en aquel joven obispo de Solsona la persona perfecta para liderar la renovación de la Iglesia española y su independencia del poder político.

Posiblemente, en aquella decisión tuviese mucho que ver Giovanni Benelli, hombre de la máxima confianza de Pablo VI y que había sido secretario de nunciatura en Madrid poco antes. “Hay también otra persona, cuya memoria está ahora algo perdida, que es Maximino Romero de Lema”, añade monseñor Estepa. “Romero de Lema había sido rector de la iglesia española de Montserrat, en Roma, durante más de 20 años, y allí cultivó una estrecha relación con Giovanni Battista Montini [el futuro Pablo VI]. Seguramente, todo esto haya que explicarlo con el binomio Romero de Lema-Bellini”.

Sea como fuera, Pablo VI y el Concilio Vaticano II fueron determinantes para Tarancón. “En su vida hay un antes y un después del concilio”, explica Jesús Infiesta, sacerdote, periodista, jefe de prensa y biógrafo del cardenal y asesor religioso de *Tarancón. El quinto mandamiento*. “Hasta entonces, había sido un párroco y un obispo muy sencillo, un personaje normal que, esencialmente, seguía las coordenadas tradicionales de la Iglesia. La apertura del Concilio Vaticano II le impactó muy profundamente”.

De la mano de Pablo VI comenzó su ascenso. Salió de Solsona hacia la diócesis de Oviedo en 1964, luego a Toledo, en 1969, y finalmente a Madrid, en 1972. Precisamente en Oviedo protagonizó una anécdota con Franco que dice bastante de su carácter y del del dictador. “Al poco de llegar, se acordó un encuentro con el general”, relata Infiesta. “Llegó el día y Tarancón no aparecía. Pasaban los minutos y seguía sin llegar mientras Franco esperaba. La situación se estaba poniendo muy tensa cuando entró Tarancón manteniendo la calma. ‘Parece que su excelencia, el arzobispo Tarancón, como es nuevo en estas tierras, aún no conoce los vericuetos para llegar hasta aquí’, comentó Franco zanjando el asunto”.

Sin llegar a ser cordiales, las relaciones entre Franco y Tarancón nunca fueron abiertamente hostiles. Siempre se mantuvieron en lo protocolario. Es más, en varios fragmentos de sus *Confesiones* el cardenal le reconoce a Franco cierta inteligencia política y, desde luego, demuestra por él mucha más consideración que por bastantes de sus ministros.

Para cuando Tarancón llega a la presidencia de la Conferencia Episcopal, las relaciones Iglesia-Estado atravesaban momentos muy difíciles. Si el concilio había sido transformador para Tarancón, el impacto que había tenido para el resto del clero español fue brutal, particularmente entre los jóvenes que iban reemplazando a los salientes. Las tesis aperturistas y la influencia en las reuniones de los obispos de países de tradición democrática se notaron. Hasta las nuevas formas litúrgicas del Vaticano II (misas en lengua vernácula, implicación de los seglares...) podían verse como una especie de ensayo de participación en la vida pública. En cierto modo, es como si la Iglesia española hubiese empezado la Transición 10 años antes que la sociedad y el resto de instituciones.

“A veces, digo en broma que los ateos tendrían que dar gracias a Dios por el concilio”, afirma Alberto Iniesta, también obispo auxiliar de Tarancón en Madrid. “Sin esa mentalidad aperturista del concilio, con el peso que aún tenía la Iglesia en España, habría habido muchas dificultades en la Transición”.

En ese ambiente de tensión, Tarancón tuvo que actuar de bombero en no pocas ocasiones. Y en todas ellas supo obrar

LOS HOMBRES DEL CARDENAL

Durante los momentos más críticos de su trayectoria, Tarancón estuvo rodeado de importantes figuras que influyeron en sus decisiones personales y pastorales.



GABINO DÍAZ MERCHÁN. (MORA, TOLEDO, 1926). Arzobispo de Oviedo entre 1969 y 2002 (es el obispo que ha gobernado más tiempo la diócesis ovetense) y presidente de la Conferencia Episcopal entre 1981 y 1987, fue el sucesor en ambos cargos de Vicente Enrique y Tarancón y continuó con su camino de propagar el espíritu renovador del Concilio Vaticano II.



CASIMIRO MORCILLO. (SOTO DEL REAL, MADRID, 1904-MADRID, 1971). El primer arzobispo de Madrid, nombrado por Pablo VI en 1964, precedió a Tarancón en este cargo, que ocupó el cardenal a partir de 1972. Fue procurador en las Cortes por designación directa de Francisco Franco, puesto que abandonó al ser elegido presidente de la Conferencia Episcopal Española, en 1969. A pesar de que era de talante más conservador que Tarancón, mantuvo con él una profunda amistad desde que se conocieron, antes de la Guerra Civil.



RAMÓN ECHARREN ISTÚRIZ. (VITORIA, 1929). De talante decididamente de izquierdas, fue durante 10 años obispo auxiliar de Madrid, hasta que en 1978 le nombraron obispo de Canarias, cargo que ocupó hasta 2005. De los cinco obispos auxiliares que había en la archidiócesis madrileña, el obispo vasco fue el que más y mejor conoció a Tarancón.



ELÍAS YANES ÁLVAREZ. (VILLA DE MAZO, LA PALMA, 1928). Secretario de la Conferencia Episcopal mientras fue presidida por el cardenal. Al igual que el resto de su equipo, Yanes compartía la línea ideológica aperturista de Tarancón.



JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO. (MADRIDEJOS, TOLEDO, 1930-1991). Este periodista, escritor y sacerdote fue uno de los hombres de confianza del cardenal. A menudo le asesoró en la redacción de algunos textos. Entre ellos, la homilía que pronunció durante el funeral de Carrero Blanco en la iglesia madrileña de San Francisco el Grande.



LUIGI DADAGLIO. (SEZZADIO, ITALIA, 1914-1990). Nuncio del papa Pablo VI en aquellos años en los que se negociaba el nuevo concordato entre España y la Santa Sede. Actuó coordinadamente con el cardenal en los momentos de mayor tensión con el Gobierno.



JOSÉ MARÍA MARTÍN PATINO. (LUMBRALES, SALAMANCA, 1925). La mano derecha de Tarancón, era el más estratega de sus colaboradores. Gracias a él, el cardenal mantuvo contactos con Carrillo, Felipe González, Suárez...

con sabiduría y decisión. Como señala Javier Rupérez, “lo que entonces necesitaba la Iglesia era un líder reconocible y poderoso”. Y el cardenal cumplió.

Hubo momentos críticos. La hostilidad contra el cardenal entre los grupos de ultraderecha era creciente. Y se desbordó el 20 de diciembre de 1973, tras el asesinato del almirante Carrero Blanco. En Madrid aparecieron numerosas pintadas de “Tarancón al paredón” y grupos de unas 200 personas gritaban la consigna en las inmediaciones de la iglesia de San Francisco el Grande. Tarancón tuvo que salir oculto por la puerta trasera del templo y llevado en un coche distinto al suyo a Villarreal, donde permaneció unos días.

Su círculo de colaboradores asegura que vivió aquellos momentos con calma, pero con un dolor íntimo. No terminaba de entender que gente que decía defender la Iglesia le tratase así.

“PUES NO ERA TAN ROJILLO...”. “Siempre estuve convencido de que no tenía que intervenir en política”, señala Estepa. “Y decía: ‘Hombre, yo hablo con ellos [en referencia a socialistas y comunistas], pero que nadie me diga que los encabezo, por favor. Si fueron ellos los que me persiguieron...’. Vivió la guerra y vio muchas cosas. Su diócesis fue una de las más castigadas, con más de 100 sacerdotes asesinados...”.

No, no fue un cura rojo. Ni un político, aunque durante la Transición mantuviera contactos con los líderes emergentes. “Su vicario general, Martín Patino, le preparó entrevistas con políticos de la clandestinidad”, relata Jesús Infiesta. “En una casa de religiosas que hay por la carretera de La Coruña tuvo encuentros con Carrillo y con Guerra y Felipe González. Incluso comentó en una ocasión tras una de estas conversaciones con Felipe González: ‘Pues tampoco era tan rojillo...’”.

Siguió aplacando conflictos hasta dejar la presidencia de la Conferencia Episcopal, en 1981. Entonces se retiró a Villarreal, donde vivió tranquilamente con su máquina de escribir, su piano y su rosario. “Es curioso, dos personas que recuerdo que rezaban los 15 misterios del rosario completos [lo habitual es rezar cinco] eran el padre Llanos y don Vicente”, cuenta Iniesta.

Su máquina, su piano, su rosario y su inseparable tabaco. Gozó de una salud de hierro toda su vida —“creo que una vez tomó una aspirina”, bromea Iniesta— pero en marzo de 1994 le detectaron un cáncer de pulmón. Estuvo lúcido hasta el final. De hecho, poco antes de morir, cuando los médicos fueron a leerle el parte que iban a dar a la prensa sobre su estado les dijo: “Son unos excelentes doctores, pero unos pésimos redactores”. Y corrigió la nota. Tres horas después entró en coma.

Murió, con 87 años, el 28 de noviembre de 1994. Hasta que Pepe Sancho lo ha resucitado. ☒